

Capítulo

1

Ayudad, *ahim*, ayudad!
—Sí, venid, *ahim*.

—¡No puede escapar!

La multitud de judíos piadosos que en esos momentos elevaba sus fervorosas preces al único Dios verdadero dirigió la mirada inquieta hacia el lugar de donde procedían las agitadas voces. Sin embargo, a pesar de que no estaba desprovista de diligencia, no acertaron a ver lo que estaba sucediendo. Ante sus ojos tan sólo aparecía desplegado un grupo de diez o doce correligionarios sudorosos que, con los rostros desencajados, no dejaba de lanzar unos gritos desgarrados.

—¿A quién se refieren? —preguntó inquieto un *perush* a uno de sus compañeros de *haverah*, pero éste sólo pudo responderle con un dubitativo encogimiento de sus estrechos hombros.

—¡Israelitas, ayudad! —clamó uno de los que acababan de pulverizar el ambiente de oración con sus gritos—. Es el hombre que por todas partes enseña a todos en contra del *am-Israel*, de la Torah y de este sagrado *makón*.

Un escalofrío de indignación recorrió a la masa orante que tan sólo un instante atrás se había mantenido impávida. Pese a todo, de momento, siguieron inmóviles aunque expectantes.

—Y además —prosiguió con voz entrecortada el hombre desgreñado—, además de todo esto, ha metido a *goyim* en el Templo, y ha profanado este santo *makón*.

Un áspero grito de indignación nacido de centenares de airadas gargantas sacudió el sagrado recinto. ¿Cómo podía nadie haber introducido a un pagano, a un incircunciso, a un idólatra en el lugar donde moraba Adonai? ¿Quién había sido capaz de perpetrar una abominación tan horrible? ¿A qué repugnante desalmado se referían?

Las angustiadas preguntas encontraron una rápida respuesta cuando, de entre los que habían irrumpido gritando en el Templo, emergió una figura que se veía arrastrada y empujada para que quedara a la vista de todos.

Se trataba de un hombre calvo, enjuto, de nariz aguileña y cuerpo menudo. Se hubiera podido encontrar a multitud de sujetos semejantes en los in-

numerables comercios diminutos que atestaban las calles empinadas de Jerusalén o en las nada escasas escuelas donde los eruditos rabinos explicaban día y noche la Torah. Sin embargo, había algo que destacaba en él, convirtiéndolo en diferente a los millares de judíos que poblaban la ciudad santa. A pesar del peligro innegable que corría y de la manera brutal en que lo maltrataban, de él parecía emanar una extraña calma. Sus ojos, no muy grandes, pero extraordinariamente vivos, brillaban incluso de una manera especial.

—Este hombre..., este... miserable... —escupió más que pronunció la palabra— ha cometido un pecado horrible contra este *makón* y contra Adonai. Merece la muerte.

El hombrecillo calvo intentó alzar la mano como ademán previo a solicitar la palabra. No lo consiguió. De un súbito tirón, uno de los sujetos que lo habían arrastrado hasta aquel lugar le bajó el brazo y, acto seguido, lo empujó con tanta fuerza que estuvo a punto de estrellarlo contra el irregular suelo de piedra. Si no lo consiguió, se debió únicamente a que el cuerpo dio contra uno de los no pocos presentes que se había acercado a contemplar la inusitada escena.

—¡Han profanado el *Heijal!* ¡Han profanado el *Heijal!* —sonó la airada proclama ya fuera del recinto.

Igual que si una antorcha chisporroteante hubiera sido aproximada a un enorme montón de paja

seca, la espantosa noticia corrió por las angostas callejuelas de la ciudad abrasando todo a su paso. En apenas unos instantes, comerciantes y compradores, hombres y mujeres, chicuelos y ancianos, se fueron aproximando al lugar con el horror y la curiosidad pintados en el rostro. En apenas unos instantes, también los recién llegados comenzaron a gritar a voz en cuello exigiendo la muerte inmediata del asqueroso blasfemo. En apenas unos instantes, el hombrecillo se encontró fuera del Templo y conducido a empujones en dirección al lugar que conocía mejor de lo que hubiera deseado, aquel en que se mataba a pedradas a los que quebrantaban la Torah.

* * *

El legionario se golpeó el pecho en un saludo marcial repetido en infinidad de ocasiones.

—*Domine* —informó—, los judíos están organizando otro alboroto y esta vez parece que es de consideración.

Claudio Lisias, el avezado tribuno al que acababa de serle dirigida la palabra, observó por un instante a su veterano subordinado. Lo conocía desde hacía años. Los suficientes como para saber que si utilizaba la palabra alboroto no estaba exagerando y que, muy posiblemente, se estaba refiriendo a esa for-